

porque á buen hambre no hay pan malo. Con efecto no hay salsa como el hambre para que todo sepa bien, y fuera de eso es un específico universal y muy seguro para hacer olvidar todos los demás males, quando llega la necesidad á dominar con imperio en los hombres afligidos.

CAPITULO III.

Discurso del mozo Siciliano con el Soldado que le guardaba. Su fuga de la prision: dónde durmió aquella noche, y la gustosa aventura del huerto.

Emplée lo restante de aquel dia en fantásticas consideraciones, alegrándome el mas mínimo ruido que sentia con la esperanza de que fuese el Soldado que volvía á visitarme; pero este deseado momento no llegó hasta ya muy avanzada la noche. Entonces entró el buen hombre en mi quarto con una luz en la mano y una cestilla con una botella de vino y algunas tajadas de carnero asado. Sentémonos, amigo, en el suelo, me dixo, y gocemos juntos estos bocadillos, que han sobrado de la cena de mi amo. Lo mucho que me compadecen tus sucesos me hizo olvidar la obediencia que le debo, y estoy pronto á contribuir al alivio de tus trabajos hasta donde alcan-

zaren mis fuerzas. Estas palabras pronunciadas con un cierto ayre de sinceridad, que no dexaba la menor duda al hombre mas desconfiado, me consolaron mucho mas que la suntuosa cena con que me regalaba, y habia extendido ya sobre una servilleta. Usted, señor soldado, le respondí, verdaderamente es un hombre tan honrado, como generoso, puesto que, no contento con reforzar mi lánguido cuerpo, se ofrece tambien á confortar mi abatido y amilanado espíritu. Lo que ahora conviene (me replicó) ante todas cosas es, que tomemos un bocado, y despues hablaremos de nuestros negocios. Facilmente creará qualquiera, que le obedecí prontamente; y despues que devoramos todo lo que estaba delante, y agotamos la botella de vino que me pareció exquisito: ahora bien, me dixo, dime, en qué te puedo servir. Ofrecíle entonces todo quanto tenia conmigo, si hallaba modo de librarme de la prision, añadiendo que mis parientes explicarian mucho mas su agradecimiento, siempre que le reconociesen por único autor de tan señalado beneficio. Descubríle quien era yo, el origen de mi familia y el nombre de mi patria. Soy le añadí la única esperanza de Alonso de Liria, mi anciano padre, y este buen viejo se moriría de dolor, si llegara á saber el estado en que me hallo. Señor Estudiante, me respondió, quando yo no tuviese otros motivos superiores para solicitar con todas mis fuerzas librar á usted de tan dura situacion,

cion, sobraria para mí solo el saber que es originario de España. Sepa usted, que esta misma noche tengo dispuesto sacarle de la prision. Mañana por todo el dia estará usted escondido en una casa á donde yo le llevaré; y luego que la obscuridad de la noche dé lugar á la fuga, le haré salir por cierta callejuela desconocida fuera de la ciudad, y le pondré donde pueda escaparse á su patria, y descansar en los brazos de su señor padre. Pero cómo (exclamé yo transportado de alegría) cómo, ó con qué podré nunca corresponder á tan singular favor? Toma esto que te prometí: á la verdad ello es bien poco, pero es todo lo que al presente poseo. Diciendo esto, le alargué la bolsa y el anillo; mas él no lo quiso recibir, respondiendome. No señor Licenciado, aun no es tiempo ni este es lugar para que os mostreis reconocido á un beneficio, que hasta ahora no pasa de pura intencion, y es poco mas que deseo. En poniendose en execucion mi proyecto, no me negaré á recibir los favores de vuestra noble y caballerosa generosidad. Ahora seguidme, procurando hacer el menos ruido que os sea posible. Entonces abrió la puerta, salí, y él cerró luego con la misma diligencia, y con todo aquel ruido que metia quando me dexaba dentro. Guióme por una escalerilla secreta, y entramos en un quarto, donde habia muchos uniformes de soldado, haciéndome vestir y disfrazar con uno de ellos. Salimos despues al ayre abierto, y condu-

duciéndome por ciertos senderos que yo jamás habia frequentado, abrió con una llave una portezuela, y nos metimos en una casuca subterránea, donde solo habia dos quartos, y una cocinilla, en que estaba hilando una vieja septuagenaria sentada en una banqueta, medio dormida, y dando cabezadas; la qual luego que nos vió entrar, se levantó apresurada, alegre y festiva á recibirnos, y á componer el quarto, donde me dixo el Soldado que habia de dormir aquella noche, añadiendo que el dia siguiente vendria él á concertar el modo de asegurar mi fuga.

Poco despues se retiró á su quartel, y luego que quedamos solos, me dixo la buena vieja: Señor Estudiante, bien puede su mercé dar muchas gracias á Dios por la fortuna de haberse escapado de las garras del cruel Capitan Arnaldo. Tengo larga noticia de toda su desgracia, y no he tenido yo poca parte en verle libre de ella. Mañana lo sabrá todo su mercé, ahora vayase á dormir, que no dexará de tener necesidad. Diciendo esto me acompañó á mi quarto, metióme luz, salióse de él, cerró la puerta, y me dexó solo. ¡Pero cuántos fueron los pensamientos que de tropel me acometieron, luego que me eché en la cama! No acertaba á comprender por donde, ó como podia haber tenido parte aquella buena vieja en librarme de la prision, y reventaba por saber como se habia manejado aquel negocio. Ofreciaseme, que podia ser la madre del Soldado, y que por pura compasion, ó qui-

20 *Las Aventuras de Gil Blas.*
zá por interés con la esperanza de algun buen regalo, aconsejaría á su hijo, que hiciese todo lo posible para ponerme en salvo; pero de qualquiera manera no cesaba de dar mil gracias á la Divina Providencia por haberme visiblemente asistido en tan inminente peligro. Parecíame, que en llegando mi fuga á noticia de la bella Irene, no haría caso del bárbaro Capitan, y que repelería con indignacion su cruel mano, esperando yo siempre que todavia nos podíamos amar reciprocamente, y con mas felicidad que en el tiempo pasado. Lisongeado con este pensamiento andaba discurriendo el modo de hacerla saber como ya me hallaba libre, antes que se cumpliese el término prescrito para violentarla á dar su consentimiento, de manera, que sin recelo de exponer mi vida, pudiese con toda resolucion despreciar el partido de una boda tan aborrecida de ella. Ocurrióme, que el bueno y honradísimo Soldado me podría ayudar tambien en esto, y que por su medio podíamos entablar una inocente amorosa correspondencia de cartas, dirigida al fin mas Christiano, y mas honesto. Esperé para esto á la mañana; y en medio de la ansia con que la deseaba, el desvelo y los cuidados de las noches precedentes ocasionaron tal cansancio y tal languidez en mis miembros, que la misma fatiga se convirtió en un profundo sueño. Sin embargo, luego que comenzó á rayar el Sol en nuestro Orizonte desperté, y saltando inmediatamente de la cama me vestí.
Quan-

Lib. XIII. Cap. III. 21
Quando la vieja sintió que me habia levantado, vino prontamente á abrir el quarto, que habia cerrado por afuera, y me dixo apenas me vió: hijo mio, si te quieres divertir un poco, entrate en ese huertecillo que está aqui contiguo, y en él encontrarás con que pasar con gusto alguna hora de la mañana. No temas que persona alguna te vea, porque no cae á él mas que una ventanilla de la casa de los hortelanos, la qual ahora está deshabitada. Agradóme la proposicion, y entrando en el huertecillo le encontré pulidamente cultivado, con grande simetria en las calles, con bello orden de pequeñas plantas y de flores exquisitas, cuya variedad de vivísimos colores, y suavidad de su gratísima fragancia, hizo sumamente divertido mi paseo. Creía yo que mi diversion consistiria solo en esto; pero me encontré con otra cosa, que me sorprendió mucho mas, y se llevó toda mi atencion. Observé entallado mi nombre, y el de mi querida Irene en la corteza de un arbol, juntamente con algunos epitetos expresivos de nuestro reciproco amor. ¿Quién pudo ser (exclamé todo admirado) el que se entretuvo en esculpir tales caractéres en este sitio? ¿Quién tendria el gusto de renovar nuestra amistad, uniendo con las letras dos personas que viven tan unidas con los corazones? ¡Ah! si serán estos artificiosos recuerdos para entristecer la memoria con el recuerdo del bien pasado, representando á los ojos el dulce objeto de mi felicidad, puntualmente quando me hallo en el
fa-

fatal momento de perderle? Pero si es así, ¿á qué fin esculpirlos en esta frondosa planta, cuya verde lozania parece estarme anunciando el retorno de mi felicidad? Por tanto antes me inclino á creer, que quieran enseñarme á no estar tan penetrado de la inconstancia de las cosas humanas, pudiendo mas bien suceder que recobremos hoy lo que perdimos ayer. Asi iba filosofando mi amor, yendose el discurso á donde le guiaba el deseo, quando sentí caer á mis pies una piedrecita. Levanté los ojos para ver de donde habia salido, quando ví á mi Irene asomada á una ventanilla de la deshabitada casa de los hortelanos. Observé que estaba confusa y agitada entre alegre y pensativa, haciendome señas de que me acercase. Ahora sí que expresára yo con entusiasmo poetico los diversos movimientos que asaltaron mi amante corazon en un lance tan impensado, si el Preceptor me hubiera permitido leer las arrebatadas y enérgicas fantasías de Ovidio en ocasiones muy parecidas á esta! Pero me baste decir, que á un mismo tiempo me sentí elado y encendido, tímido y fogoso, pálido y arrojando llamas por los ojos y la cara. Volé al pie de la pared perpendicular á la ventana, donde se dexaba ver mi dueño; pero sin acertar á hablar palabra, esperé á que ella hablase primero, persuadido ya á que los caracteres que habia leído en la corteza de los árboles no eran de otra mano que de la suya; y que habia alguna comunicacion secreta entre su casa y la de

de la vieja que me habia albergado y recogido. César, me dixo Irene, ya puedes conocer si te amo, habiendo sido yo la que ha solicitado tu libertad. La vieja que te ha recibido en su casa, fue mi ama de leche: esta tenia conocimiento con el Soldado, á cuyo cargo estaba tu custodia: de ella me valí para que llegase á tus manos el villete mio, que recibiste en la prison, y de la misma me valí tambien para disponer al Soldado á que facilitase la libertad que ya gozas. ¡O, y cuánto gusto tengo de que la goces! Quise que te divirtieras hoy aqui solo por lograr el consuelo de hablarte antes que nos separe una cruel division, la qual sabe Dios quanto durará. No te olvides, querido, de una infeliz doncella, que queda sacrificada á los mas duros tratamientos de sus Padres, solo por la averision que tiene al matrimonio del Capitan: correspondeme con una fidelidad que te merezca la continuacion de mi amor, y que ya te han merecido las demostraciones de una pasion mas que vehemente. No des lugar á que la distancia produzca en tí aquel olvido, que es tan comun en la inestabilidad é inconstancia de los hombres. Si estás separado de mí con el cuerpo, tenme siempre muy presente en el corazon, haciendole guarda fiel de aquella imagen, que hoy solo te es lícito mirarla con los ojos.

No pudieron menos de sacarme las lágrimas de los míos unas palabras tan expresivas, y explicandome con aquellos mas que con las voces:

ces: ¡ó gran Dios! la respondí. ¿Y será verdad que yo debo dexarte, y alejarme de tí, ó mi bella Irene? ¡Ah! permíteme que exále el alma á manos de mi aborrecido ribál, antes que padecer mil muertes en vez de una sola, la qual finalmente me librá de tantos afanes, quantos serán los momentos que respire viviendo lejos de tí. ¿Pues qué, replicó ella, estimas tan poco la seguridad de llamar *tuya* á la afligida Irene, que no tengas valor para sufrir algunos dolores, ni espíritu para adquirir la posesion interminable de este corazon mas tuyo que mio, á costa de tolerar una separacion, que al cabo ha de tener fin? Valgo yo tan poco que te espante la idea de un dolor, que durará pocos meses; ó desconfias tú tanto de tu constancia, que te parezca imposible conservarme tu fidelidad, sino tienes siempre á la vista el objeto de tu amor? No por cierto, la respondí, adorada prenda mia; antes bien por lo mismo que es tan excesivo mi amor, temo, que la privacion de tu vista me quite la vida á violencia de aquellas angustias, que no pueden dexar de ser mortales en quien solo subsiste, y se alimenta con ella.

Duró algun tiempo esta amorosa conversacion, que cada instante se hacia mas y mas apasionada, compitiendonos los dos en buscar las mas vivas expresiones, que nos asegurasen de una eterna reciproca fidelidad, quando vino á interrumpirla el discreto y finísimo Soldado, para prevenirme que debia estar pronto á partir á las

las dos de la mañana, pues ya tenia concertado y dispuesto un calesín que me estaria esperando fuera de la ciudad en cierto sitio que me declaró. Retiróse entonces Irene, por no hacer sospechosa á sus padres su larga mansion en un parage, que si bien dentro del territorio de su casa, y sin otra comunicacion que con la de su ama de leche, podia excitarles algun recelo, respeto á la vigilancia con que la observaban y guardaban. Prometiome que se dexaria ver de mí antes que se pusiese el sol, y yo me fuí á buscar á mi buena viejecilla, la qual me tenia dispuesta una decente comida, y á contemplacion de Irene me hizo todas quantas finezas y caricias se podian esperar de una muger de aquella edad.

CAPITULO IV.

Medidas que se tomaron para salir de la ciudad. Sorpresa del mozo Siciliano quando se vió acompañado de la bella Irene. Precauciones para librarse del rigor de la Justicia, y diligencias de Arnaldo. Embarcanse en Siracusa, y su viage á Corfú.

Quedóse con nosotros el Soldado, y me dixo, que su Capitan aun no sabia mi fuga, y era muy

probable que tampoco la supiese hasta el día siguiente, por lo que convenia mucho solicitar todo lo posible la marcha, para sustraernos quanto antes de la jurisdiccion de aquel Magistrado, y hallarnos donde no nos pudiesen prender. Viendo que me era indispensable el partir, procuré animarme, y me dispuse al viage con toda aquella superioridad de espíritu que podia permitir la vehemencia de mi pasión. Mas acordándome que Irene me había prometido, que me volvería á ver antes que el sol se pusiese, me fui á pasear con esta esperanza al huertecillo; pero quedó aquella burlada, porque no pareció, y se pasó todo el tiempo convenido, sin que me hubiese consolado con su presencia. Mil pensamientos y sospechas agitaron mi pobre imaginacion. Estaba medio desesperado, quando vino el Soldado á decirme, que era preciso acelerar la marcha, porque el Capitan había tenido ya noticia de mi fuga. Es menester no perder instante de tiempo, me dixo. Vente conmigo, porque yo estoy resuelto á acompañarte, y cogiéndome por un brazo, me arrancó, muy contra mi voluntad, de la contemplacion de aquellas paredes, donde dexaba encerrado todo mi bien. Pasamos por la casuca de la buena vieja, y me conduxo á los recintos de la ciudad, de la qual salimos por un camino subterráneo, que el Soldado tenia bien conocido. El foso, por nuestra buena fortuna, estaba entonces tan escaso de agua, que sin dificultad le pudimos pasar. La anublada luz de la luna nos

via de guia en el camino, que yo hice arrastrando mas que andando, y con paso siempre trémulo llegué al sitio, donde debía esperarnos el carruage. Quedamos admirados de no encontrarle en él, y nos vimos precisados á esperarle, retirándonos y escondiéndonos tras de un matorral donde nos sobresaltaba qualquier rumor que sentiamos, temiendo fuese gente que venia tras de nosotros. Pasóse una hora entera antes que pareciese el carruage. Llegó finalmente; pero ¡quál fue mi pasmo, quando ví dentro de él á mi querida Irene! Venia vestida de hombre, y aunque es verdad que el sobresalto había robado el color á su bellissimo semblante, todavia me pareció mas hermosa en aquel mentido traje. No te admires, César (me dixo en voz baxa) de una resolucion que consideré necesaria. Había jurado mi padre, que mañana me había de casar con Arnaldo. El horror que me causó el pensamiento solo de esta boda, me turbó de manera, que no me dexó luz para conocer lo disonante que era en una muger de mi corta edad, de mi estado, y de mi condicion, escaparse sola de la casa paterna, y fiarme á un jóven, cuyo amor debo temer mas que todo el furor de mis padres; porque estos me pueden quitar la vida, pero aquel puede dexarme sin honor. No, Irene mia, la interrumpí prontamente, y con extraordinaria viveza, no tengas ese temor. Trataréte con todo el respeto que se debe á tu virtud y á tu sangre; seré perpetuo defensor, y guarda fiel de tu honor,

nor, y de tu honestidad. Siempre estaré pendiente de tus insinuaciones, y si no mereciese ser tu legitimo esposo, á lo menos tendrás perpetuamente en mi un discreto y amorosísimo hermano. El Soldado, que estaba presente á esta conversacion, Señores, nos dixo, no perdamos el tiempo en inútiles discursos: monten ustedes en el calesín, y marchemos quanto á antes á nuestro destino. Asi se executó puntualmente: partiendo con toda diligencia para salir de la jurisdiccion y territorio de Noto, tomando aquellos caminos que se desviaban del real, y sabía el calesero. Quando amaneció nos hallabamos ya en el deseado término; y porque los caballos habian caminado toda la noche, fue menester pararnos para que tomasen un pienso, y descansasen un poco. Mientras tanto me persuadió el Soldado á que dexase el uniforme militar que habia usado hasta entonces, y me volviese á mis vestidos, que habia tenido el cuidado de traer consigo. Lo mismo hizo él por su parte, cambiando el uniforme de militar por un vestido de ayuda de cámara, ó de criado. Mientras tanto me contó Irene, como amedrentada con las furiosas amenazas de su padre, despues de haber recogido algunas joyas de mucho valor, se fue á la casa del hortelano, donde el dia antes me habia hablado en el huertecillo, de donde se pasó á la de su ama de leche, pensando encontrarme en ella, para poder unir su suerte á la mia desde aquel momento. Pero habiendo sabido que habia partido

de ella por la prisa que me daba el Soldado, se ingenió á abrir una portezuela, por la qual se entraba en el huerto, y estaba en un rincon de ella, y por donde solia entrar algunas veces á visitar á su segunda madre; y habiéndose hecho dar un vestido de un hijo de ésta, que habia muerto pocos dias antes, siendo poco mas ó menos de su misma estatura, nos siguió acompañada de la propia muger; y habiendo encontrado dichosamente el calesín que nos debia servir, ella misma se habia animado á no tener miedo de agregarse á nuestra compañía.

No pude menos de admirar el espíritu y el valor de aquella doncellita, reconociéndome sumamente obligado á una resolucion tan fina como valerosa. Pero el Soldado, á quien el amor no ofuscaba la razon, y el miedo le inspiraba prudencia: Señores, nos dixo, éste es un lance que pide mucho juicio: nuestra fuga es negocio muy serio y de grandísima importancia: hará mas ruido de lo que se piensa, y mucho mas siendo acompañada con toda la apariencia de raptó. El padre de la Señora Irene, y el Capitan Arnaldo no crean ustedes que se estén con las manos en la cinta. El Magistrado de Noto se dará la mano con el de Mazara, y con el de otras ciudades de Sicilia: por todas partes despacharán requisitorias, y embiarán tras de nosotros gentes que nos prendan. ¿Qué será de nosotros, si caemos en manos de la Justicia? Por tanto mi parecer es, que mudemos de destino, y si antes, Señor Licenciado,

pensaba usted irse derecho á su patria, ahora es menester refugiarnos sin detencion en el puerto de mar mas vecino, solicitar embarcacion lo mas presto que sea posible, huir de todas las costas de este Reyno, y asegurarnos en algun país extranjero, de donde pueda usted escribir á sus señores padres para que le embien algun socorro, y negocien mientras tanto el que dexen de perseguirnos el padre de la Señora Irene y la Justicia.

Pareciónos bien el consejo del Soldado, y reconociendo todos que era el mejor, y el mas saludable, hicimos nuevo ajuste con el calesero, y aumentándole su estipendio, tomamos el camino de Siracusa, á donde llegamos dentro de dos dias. La fortuna que desde los principios se nos mostró favorable, y que á la sombra de un semblante en la apariencia risueño, nos estaba disponiendo las mas estrañas y dolorosas aventuras, nos presentó la ocasion de un navio Inglés, que el dia siguiente debia hacerse á la vela para la isla de Corfú. Admitiónos con mucho gusto el Capitan, y con próspero viento nos alejamos luego de las costas de Sicilia con aquel desconsuelo que es natural en quien pierde de vista á su amada patria, dudoso si la volverá jamás á ver. Mi querida Irene padeció aquellas ordinarias incomodidades, que comunmente padecen todos los que no están acostumbrados á viajar por el mar, y á mí me faltó muy poco para no padecer lo mismo que ella, por la nausea que me causaba la navegacion. Casi todo el

tiem-

tiempo que ésta duró, se estuvo ella en la cama, y yo le hacia perpetua compañía, sin abandonarla jamás. Pasábamos el tiempo en conversaciones tiernas y afectuosas, consolándonos mutuamente con la esperanza de ver presto cumplido el deseado fin de nuestras legítimas y honestas intenciones. El Soldado, que en todo trance deseaba divertirnos en quanto le era posible, nos dixo un dia. Quiero, Señores, que me oygan ustedes la historia de mi vida, llena por cierto de sucesos curiosos, y de accidentes que no son vulgares. Nosotros nos mostramos muy deseosos de oírlos, y él dió principio á su relacion del modo siguiente.

CAPITULO V.

Principio de la historia del Soldado, y la terrible aventura que le sucedió en el Canadá.

Yo nací en la gran ciudad de Palermo, y hoy justamente hace veinte y cinco años que salí del vientre de mi madre, la qual era oriunda de España, y descendia de una familia noble de Granada. Quando la Sicilia estaba sujeta al Rey Católico, vino mi padre á ella al servicio de un Virrey, trayendo consigo á mi abuela, que era de extraordinaria hermosura, y se hallaba á la sazón en lo mejor de su juventud.

Aña-